

y por Dios; juremos dedicarnos enteramente al servicio de Dios, y á nuestra santificación, lo cual se verificará por la exacta observancia de su ley, y que es nuestro fin inmediato. Así tendremos la dicha de alcanzar ó llegar á nuestro fin postrero, á saber, el júbilo del Señor, y la vida bienaventurada en la eternidad: *Servi facti Deo, habetis fructum in sanctificationem, finem vero vitam æternam.* Así sea.

QUINTA HOMILÍA.

LOS PREPARATIVOS DEL JUICIO FINAL (1).

.....
.....
Corren hácia el grande valle, para formar como un Océano inmenso de todos los pueblos confundidos entre sí, pertenecientes á todos los siglos, á todas las regiones del globo. Es como la renovacion de las palabras pronunciadas en el origen de las cosas: « Que las aguas se reúnan en un mismo sitio: *Et congregentur aquæ in locum unum* » (2).

¡Oh, con cuánta ligereza vuelan los justos por el espacio trasportados en alas de la caridad!..... ¡Cómo se arrastran miserablemente los pecadores sobre la tierra! ¡Cómo estos últimos sentirán el aguijon irresistible de esa fuerza que les impele hácia adelante, de ese espíritu de Dios que no les permite detenerse! ¡Oh fuerza, dirán, oh espíritu invisible que me arrastras! ¡Un instante siquiera!.... ¡Déjame encontrar un pariente que me asista, un amigo que me consuele, un protector que me socorra, un abogado que me defienda!.... No, no, no estamos ya en el tiempo, es la única respuesta. Por otra parte, en este dia cada uno tiene bastante que hacer con pensar en sí mismo sin preocuparse en socorrer á los demas. Hoy cada uno debe emprender solo el camino y comparecer tambien solo ante el terrible tribunal, aunque á decir verdad, no se halle absolutamente solo. En efecto, así como las

(1) No habiendo podido encontrar entre los manuscritos del autor las primeras páginas de esta homilía, creemos complacer á los lectores dándola así incompleta, tal como ha llegado á nuestras manos, porque seguramente presenta una fisonomía particular entre todas las demas.

(2) *Genes.*, I.

BIBLIOTECA CENTRAL
JUAN I.

aguas primitivas llevaron consigo su légamo y sus inmundicias, así también cada pecador, en ese horrible viaje, lleva consigo el triste equipaje de sus obras. Sus obras le seguirán, se dice en el libro del Apocalipsis (1).

¡Qué espectáculo el ver á esos pueblos de pecadores avanzar gimiendo en vano bajo el inmenso peso de sus pecados!..... ¡Cómo se lamentan todos y cada uno de por sí!..... ¡Ay, cuán pesadas son ahora á mis hombros esas obras que reputé tan ligeras!..... ¡Cuán insoportables son á mi conciencia, cuán odiosas á mi corazón!..... ¡Pesano sobre mí como un peñasco inmenso, y sin embargo avanzo siempre!..... Me estremezco, y sin embargo camino..... Estoy yerto de terror, y sin embargo ando: me repugna el pasar adelante, y no puedo detenerme: estoy anhelante y extenuado de cansancio, y no obstante llego. Esta horrible carga de mis obras que me abruma, es un motor que me impele hácia adelante: *Congregentur aquæ.*

¡Cuán misteriosas son, cuán profundas las palabras para expresar en este día la reunion de todos los pueblos! (2). «Las grandes aguas son las multitudes de los pueblos.» Estas palabras nos fueron explicadas de antemano por el profeta Isaías cuando decía: «Sólo Dios será enaltecido en ese día» (3). Ellas significan que en ese día todos son pueblo, y sólo Dios es monarca, sólo Dios es grande: *Exaltabitur Dominus solus in die illa.* ¡Oh extraña metamorfosis!..... ¡Oh funesta nivelacion! En el mundo que ya no existe, la muerte destruía los grandes y dejaba subsistir la grandeza. Los nobles y los ricos morían, pero la nobleza y la riqueza, pasando de unos á otros, parecían inmortales. Los monarcas caían, pero las monarquías no sucumbían con ellos; los reyes perecían, pero la dignidad real que dejaban en pos de sí, encontraba bien pronto un sucesor. Pues bien, en este día, con los reyes queda abolida la dignidad real, con los grandes las grandezas, con los ricos las riquezas, con los nobles toda nobleza. Hoy quedan abolidos todos los títulos; hoy desaparece toda señal de superioridad, toda distincion social. Nadie tiene para los grandes ni admiracion ni deferencia, nadie los respeta,

(1) Opera enim illorum sequuntur illos. (*Apoc.*, XIV.)

(2) Aquæ multæ populi multi. (*Apoc.*, XVII.)

(3) Exaltabitur Dominus solus in die illa. (*Is.*, XI.)

nadie los teme. De la grandeza tan envidiada y tan codiciada en el mundo, no resta ya más que un recuerdo aflictivo, un desengaño completo, un remordimiento devorador: ya no hay más que pueblos, *Populi!* «Miraos ahí todos, pontífices, pero sin tiara; obispos, pero sin báculo y sin mitra; monarcas sin corona, potentados sin pompa, magistrados sin toga ni insignias, capitanes sin espada, generales sin ejércitos, grandes señores y damas sin fausto y sin lujo. Allí no hay ya más que aguas limpias y aguas impuras que se mezclan por un momento; no hay más que pueblos de justos y de culpables, que por un momento se encuentran confundidos: *Aquæ multæ populi multi.*

¡Qué confusion tan extraña de rangos, que mezcla de orígenes, de idiomas, de naciones, de cultos! El criado marcha al lado de su amo, el plebeyo con el noble, el vasallo con el monarca, el esclavo con el que le tenía sujeto en la cadena, la porcosera con la gran señora; el hombre oscuro que se arrastraba por el polvo, marcha á la par del grande del siglo, que hollaba con sus plantas el oro y el mármol; el griego con el romano, el bárbaro con el hombre civilizado, el cristiano con el infiel, y el católico con el disidente. El nuevo nacimiento que los hombres han tenido en la tumba, ha borrado todas las distinciones de su primer origen, y ya no hay más distincion que la de criatura y de Criador, de hombre y de Dios; Dios fuerte con su poder, amenazador, terrible, y los hombres temblorosos, consternados, despaavoridos. Hoy domina Dios sobre estas vastas aguas; Dios solo es grande, Dios solo reina sobre todos esos pueblos: *Exaltabitur Dominus solus, in die illa.* Del mismo modo que las aguas de toda la tierra reunidas en un sitio, no formaron más que un solo é inmenso mar, así los pueblos del mundo entero reunidos en el gran valle, no formarán más que un solo é inmenso pueblo; entónces aparecerá la concordancia entre estas palabras pronunciadas en el origen de las cosas: «Que las aguas se reúnan en un mismo sitio» (1); y estas palabras que conciernen á los modernos tiempos: «Yo reuniré todas las naciones en el valle de Josaphat» (2).

(1) Congregentur aquæ in unum locum. (*Genes.*, I.)

(2) Congregabo omnes gentes et deducam eas in vallem Josaphat. (*Joel.*, III.)

Séptima alegoría: la entresaca de los pescados (1).

El último acto del reinado de los cielos sobre la tierra, ha dicho Nuestro Señor en el Evangelio, es semejante á la operacion de los pescadores que lanzan al mar sus redes. Recogen en ellas pescados de todas clases y tamaños, y cuando conocen que ya están llenas, la sacan á tierra, se sientan en la playa, escogen ó entresacan los pescados mejores, los separan de los malos, los colocan en cestas, y los otros los desechan ó los arrojan (2). El mismo Salvador nos ha dado la terrible explicacion de esta parábola, añadiendo estas palabras: « Lo mismo será cuando la consumacion de los siglos » (3). Los ángeles de Dios saldrán y separarán á los justos de los pecadores, y á los elegidos de los réprobos; reservando los unos para la gloria, prepararán á los otros para arder en los hornos del fuego eterno, en los que no habrá más que llanto y desesperacion eterna (4).

Luégo que los celestiales pescadores, los ángeles, hayan atraído y recogido como en una vasta red á la humanidad entera, en el terrible valle que forma como la ribera, el término, la frontera entre el tiempo y la eternidad, tomando entónces asiento para pronunciar su fallo con la autoridad, con la independenciam de árbitros supremos (5), separarán los pescados vivos, intactos y sabrosos, de los pescados muertos, averiados é infectos; es decir, á las almas justas y santas de todos los siglos y de todos los países, de la vil é innoble multitud de los pecadores: *Separabunt malos de medio justorum*.

¡Ay!..... ¡Cuán terrible será esa escena!..... ¡Qué movimiento se efectuará de repente en ese Océano de pueblos!..... ¡Qué agitacion!..... ¡Qué confusion!..... ¡Qué murmullo!..... ¡Qué lamentos tan tristes!..... ¡Qué gritos de desesperacion!..... Ya no se verá como anteriormente á los justos mezclados con los pecadores en una misma poblacion, en una misma familia, en una misma

(1) Parece evidente que esta primera parte debia, en el plan del autor, presentar el desarrollo de siete alegorías, de las cuales las seis primeras se han perdido para nosotros, excepto algunos fragmentos relativos á la sexta.

(2) *Matth.*, XIII.

(3) *Sic erit in consummatione sæculi. (Ibid.)*

(4) *Exibunt angeli et separabunt malos de medio justorum, et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. (Ibid.)*

(5) *Quam eum impleta esset educentes et secus littus sedentes. (Ibid.)*

Iglesia: es necesario que cada uno se coloque á la derecha ó á la izquierda: *Separabunt malos de medio justorum*.

Los crueles Caínes, los avaros Esaús, los incestuosos Ammones, los Absalones rebeldes, los Jeroboanes autores de herejías y de cismas, los injustos Achab, los soberbios Nabucodonosores, los Antíocos perseguidores, las impudentes Tamar, las lascivas Jezabel, á la izquierda!..... Pero á la derecha los inocentes Abel, los dóciles Isaac, los pacientes Jacob, los castos Joseph, los Davides llenos de mansedumbre, los piadosos Josías, los celosos Nehemías!..... Á la derecha las prudentes Saras, las valerosas Judiths, las castas Susanas.

Ninguna consideracion con los vínculos del parentesco, con las relaciones sociales, con la complicidad de las acciones ó con las simpatías del corazón. Cada uno, segun lo que ha sido en el momento de la muerte, justo ó pecador, será llamado á la derecha ó á la izquierda. Toda otra distincion queda abolida, toda otra consideracion es olvidada, todo otro título es reducido á la nulidad. No se tiene en cuenta más que la virtud ó el vicio; el único motivo de separacion es el pecado: *Malos de medio justorum*. El género humano todo entero no formará más que dos pueblos, dos familias: de una parte el pueblo ó familia de los elegidos, que, á la derecha, se entrega sin temor y sin reserva á toda la expansion del júbilo; y de la otra el pueblo, ó más bien el inmundo rebaño de los réprobos, que gruñe, se estremece y se desespera á la izquierda: *Malos de medio justorum*.

Fueron ciudadanos de la misma patria, hijos de la misma familia, religiosos del mismo instituto, obispos, sacerdotes de la misma iglesia, comerciantes en la misma plaza de comercio, magistrados en el mismo tribunal, reyes de los mismos estados, cómplices de las mismas faltas, é infestados de los mismos vicios: y segun el uno fué inocente y el otro culpable, el uno penitente sincero y el otro pecador obstinado, son separados unos de otros: *Separabunt*. Adelántate aquí, pobrecillo; y tú, miserable, atrás!..... Que éstos se queden allí, y que éstos vengan aquí..... ¿Qué haces tú ahí?..... Ese no es tu puesto: vén acá, á la derecha. ¿Y yo? ¡Tú! Quédate temblando en la izquierda.— En vano la madre culpable quiere asirse al vestido de su hija; en vano el hermano opresor trata de abrazarse al hermano en otro tiempo oprimido; en vano el amigo infiel estrecha con deli-

rio la mano de su amigo: la hija, el hermano y el amigo contados en el número de los justos se desembarazan de ellos, y, gozosos y gloriosos, vuelan por encima de las cabezas de los pecadores y los dejan en manos de la cólera divina para ir á colocarse en las filas de los santos. Así, segun las palabras del Evangelio, el uno será acogido y el otro desechado (1).

¡Oh amarga separacion!..... ¡Oh cruel despedida!..... ¡Cuántas convulsiones de rabia!..... ¡Cuántos lamentos!..... ¡Cuántos dolorosos suspiros y sollozos!.....

Observad ademas, de conformidad con la Escritura, un efecto particular de esa amarga separacion, y es el que habiendo sido colocado cada uno en su puesto, bien entre los incrédulos ó entre los herejes, entre los sacrilegos ó entre los hipócritas, entre los asesinos ó entre los ladrones, los falsificadores, los perjuros ó entre los calumniadores, entre los adúlteros ó entre los incestuosos, será sin dificultad y claramente reconocido por lo que es; y de ahí el asombro y estupor de los unos con respecto á los otros: *Unusquisque ad proximum suum stupebit.* (Isaías, XIII.)

¡Oh miserable condicion del hipócrita que pasa por un santo, y que se encuentra ahora entre los malvados y entre los réprobos!..... ¡Cuántos fijan en él sus miradas!..... ¡Cuántas manos le señalan!..... ¡Cuántas bocas pronuncian su nombre!..... «¿Tambien ése, se oye decir por acá y por allá, ese hombre tan respetado y considerado, ese religioso, ese sacerdote, se encuentra ahora marcado con el sello del pecado en su frente, con la confusion en el rostro, temblando con todos sus miembros y con la desesperacion en el corazon?» «¿Es posible?—dicen más léjos.—¡No, no puedo creer á mis ojos!..... ¿Está, pues, entre los hipócritas ese predicador que parecía tan celoso?..... ¿Entre los sacrilegos ese sacerdote reputado tan piadoso?..... ¿Entre los vengativos, los intrigantes y los ambiciosos ese religioso, ese eclesiástico que aparentaba tanta mansedumbre y modestia?..... ¿Quién hubiera esperado el ver en este dia entre los ladrones á ese negociante que parecía tan leal; entre los adúlteros á esa dama que parecía tan virtuosa; entre las prostitutas á esa señorita que parecía tan pura y tan casta; entre los incontinentes á ese jóven que parecía tan angelical; entre los traidores á ese amigo que parecía tan

(1) Unus assumetur et alter relinquetur. (*Luc.*, XIII.)

fiel; entre los herejes é incrédulos á esos hombres que parecían tan católicos y tan religiosos?.....» ¡Ah! ¡Qué confusion, qué vergüenza el verse todos descubiertos, denunciados, mofados y convertidos en objeto de sarcasmo, de las burlas y del estupor de un mundo entero!..... *Unusquisque ad proximum suum stupebit.*

Y mientras los pecadores se miran de ese modo, se reconocen unos á otros: ¡cuántas riñas, qué tumultos, qué imprecaciones, qué blasfemias! «Os conozco — dirán los unos. — ¡Por piedad, obreros, callad los salarios que os he defraudado!..... ¡Pobres, callad los socorros que os he negado; hijos, callad los escándalos que os he dado. Y vosotros tambien, viudas, huérfanos y niñas, callad los bienes que os he arrebatado, callad el honor y la inocencia que os hice perder; la piedad, el pudor y la religion, cuyo sentimiento extinguí en vuestros corazones. ¡Guardad silencio, vosotros todos, á quienes debí salvar con mis ejemplos y he perdido por mis escándalos!.....»

«¿Y por qué hemos de callar?— responderán los otros al momento. — No, no, ya no es tiempo. ¡Padre desnaturalizado!..... Sólo dependia de vos el que yo llegase á ser católico. Madre inhumana, vos me impedisteis tomar el hábito religioso. Perverso é infame heresiarca, tú eres el que me hiciste salir del seno de la Iglesia católica. Péfido compañero, tú fuiste el que me hiciste abandonar la senda de la piedad y de la salvacion eterna. Seductor infame, tú me arrancaste, con el sacrificio del pudor, el de la fe. ¡Ah! ¡Vosotros estais tambien aquí como yo, detestables autores de mi perdicion! ¡Malditos seais, execrados, oprimidos, despedazados! ¡Que mi dolor, que mi castigo caiga sobre vuestra cabeza, y redoble vuestro infierno, vuestro castigo y vuestro dolor!»

¡Oh dia! ¡Oh encuentro! ¡Oh manifestacion! ¡Oh aparicion! ¡Cuán horrible es encontrarse en ese dia entre los maestros del error, entre los autores del cisma, entre los fautores de los escándalos, entre los pecadores, entre los enemigos de Dios!

SEGUNDO PUNTO. Cuando seais convidados á cualquier festin, ha dicho el Salvador en San Lucas, guardaos de ocupar el primer puesto, para que si por casualidad se presenta alguno más digno que vos, no os veais obligado á sufrir el sonrojo de tener que ocupar el puesto inferior; sino colocaos en el último para que el dueño de la casa os haga subir al primero. Porque habeis

de saber, que el que se eleva será abatido, y el que se abate será elevado (1).

En esta breve parábola se halla compendiada toda la historia de los justos y de los pecadores, ya con respecto al mundo presente, ya también al venidero. Considerad á los pecadores en el mundo presente: usurpan en la sociedad humana los primeros puestos; se colocan á la cabeza de todos y sobre todos: por un título vano, por una condecoración que se ostenta sobre un pecho deshonorado, por un puñado de onzas heredadas por casualidad ú obtenidas sin mérito, ó mendigadas, ó arrancadas á la injusticia por la bajeza, por la intriga; por algunos meses de estudio consagrado á la política, á la filosofía, á la literatura, se suelen darse el tono de nobles, de ricos, de caballeros, de sabios, de literatos, de filósofos y de hombres de Estado. Privados de verdadera ciencia como de virtud, tan cortos de inteligencia como bajos en sus sentimientos, tan llenos de preocupaciones como cargados de pecados, deseosos de atraerse todas las miradas y todos los honores, sólo tienen altanería, indiferencia y desprecio para el traje eclesiástico, para la humilde piedad, para el cristiano modesto, para el pecador tímido, para la verdadera santidad, para la verdadera religión. ¡Gran Dios!..... ¡Qué orgullo!..... ¡Qué altanería!..... ¡Cómo se inflan!..... ¡Cómo se pavonean!..... ¡Cómo se exaltan!..... ¡Cómo se divinizan!..... Es un sacerdote, dicen, es un fraile, es una religiosa, es una mujercilla, es un imbécil; y con suma dificultad les dejan el último lugar, un pedazo de pan para sustentarse, el aire para respirar y los ojos para llorar. Los justos, por el contrario, más deseosos de obedecer que de mandar, de instruirse que de enseñar, de escuchar que de discurrir, modestos, dulces, sufridos, se resignan á verse humillados y oprimidos en las últimas filas, y dejan sin envidia á los pecadores los primeros puestos con todas las ventajas de la vida social.

Bajo el gobierno de un Dios justo, esa grande injusticia debe ser reparada. Debe llegar un día en que los santos, los justos y los elegidos sean reconocidos por lo que fueron, por almas nobles, heroicas, sublimes, y en que reciban del universo entero

(1) Quia omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur. (*Matth.*, xxiii.)

homenajes que los vengarán de todos los desprecios de que fueron víctimas. Debe llegar un día en que los que por orgullo se habían encumbrado hasta los primeros puestos entre los hombres, sean relegados á los últimos; y en que los que por humildad se habían contentado con los más inferiores, sean promovidos á su vez á los primeros; en que el orgullo sea abatido y la humildad se ostente triunfante. En el juicio final se cumplirá ese grande acto de justicia. Allí se efectuará á la letra el oráculo divino, según el cual serán abatidos todos los que quisieron elevarse, y serán elevados los que voluntariamente se abatieron (1). Contemplad, en efecto, cómo se cumple ere oráculo, por la posición respectiva de los justos y de los pecadores en el valle de Josaphat.

Miéntras los pecadores son arrastrados por el peso de sus cuerpos, humillados y tendidos en masas compactas sobre la tierra, semejantes á un asqueroso rebaño de chivos hediondos; los justos, por el contrario, según nos lo ha revelado San Pablo, no embarazados de modo alguno por sus cuerpos, ágiles, ligeros, gloriosos, divididos en alegres secciones, se sostendrán en los aires por encima de las nubes, como para ir al encuentro de Jesucristo, y radiantes de esplendor, semejantes á las estrellas fijas del firmamento, serán el ornamento de los cielos y la admiración de la tierra (2).

¡Qué espectáculo! Hélos ahí mezclados con las sustancias espirituales, con los ángeles, de los que al parecer casi no se diferencian (3). ¡Con cuánta belleza brillan, cuánta gracia los distingue, cuánta majestad los rodea! Sus cuerpos, vestido luminoso, es ménos un velo que un adorno diáfano y radiante (4). ¡Cómo atraen las miradas y el afecto del que los contempla! ¡Oh exaltación! ¡Oh gloria! ¡Cuán admirables son en el puesto que ocupan! Su mirada es majestuosa, su frente está apacible, su corazón satisfecho, su actitud es sublime. ¡Qué aire de superioridad, de libertad, de seguridad, de intrepidez, de constancia, de im-

(1) Quia omnis qui se exaltat humiliabitur et omnis qui se humiliat exaltabitur. (*Matth.*, xiii.)

(2) Simul rapiemur obviam Christo in aera. (1, *Thess.*, iv.)

(3) Erunt sicut angeli Deo in caelo. (*Matth.*, xxii.)

(4) Amictus lumine sicut vestimento. (*Ps.* ciii.)

perio, mientras contemplan vencidos, humillados y postrados á sus piés á los infames autores de sus persecuciones, de sus largos martirios, de sus ignominias y de sus afrentas! Está escrito: «Los justos se mantendrán llenos de constancia enfrente de los que los oprimieron» (1).

¡Qué humillacion, qué angustia, qué dolor tan agudo para los pecadores! Al ver aquella escena rechinarán los dientes, se pondrán furiosos contra sí mismos, se morderán los labios, se retorcerán las manos, prorumpirán en lamentos y llanto, en accesos de rabia, y en gritos de tardío arrepentimiento y de desesperado dolor (2).

«¡Ah!—dirán—¡nos hemos equivocado, y la equivocacion ya es irreparable! (3). Llamábamos insensatos á aquel jóven, á esa señorita, que, despidiéndose generosamente del mundo, fueron á sepultar en el claustro todas las esperanzas de acá abajo. Nos reiamos de la generosidad de los mártires, de la religion de los devotos, de la vida austera de los penitentes, del espíritu de reserva, de retiro, de vigilancia y de oracion que caracteriza á los verdaderos cristianos. Calificábamos de imbecilidad su vida, de escrúpulo su delicadeza, de supersticion su piedad. Los hemos perseguido, despreciado, mofado y puesto en ridículo: los llamábamos espíritus débiles, imbéciles, insensatos. Creimos que, como su vida habia sido oscura, tampoco recibirian ningun honor despues de la muerte (4). Pero ahora reconocemos que, por el contrario, nosotros hemos sido los verdaderos insensatos, los verdaderos imbéciles, los verdaderos idiotas, y ellos los verdaderos sabios, los verdaderos filósofos, los que supieron ajustar bien sus cuentas y aprovechar el tiempo y la vida: *Nos insensati!* ¡Mientras que nosotros estamos aquí humillados, envilecidos, martirizados, afligidos, desgarrados de desesperacion y colmados de oprobio.... mientras que estamos aquí reducidos á temblar y á agitarnos entre los demonios enemigos de Dios, hé ahí que los justos se hallan en el apogeo de la felicidad! ¡Mirad

(1) Stabunt justí in magna angustia adversus eos qui se angustiaverunt. (*Sap.*, v.)

(2) Præ angustia spiritus gementes. (*Ibid.*)

(3) Ergo erravimus! (*Ibid.*)

(4) Vitam illorum æstimabamus insaniam, et finem illorum sine honore. (*Ibid.*)

cómo resplandecen de gloria! ¡Cómo reinan pacíficamente! ¡Cómo se estremecen de júbilo porque son contados en el número de los que componen las legiones de los santos, y reciben los homenajes del mundo entero como hijos de Dios! (1).

¡Oh grandeza!.... ¡Oh gloria!.... ¡Oh exaltacion de los justos!.... ¡Oh humillacion!.... ¡Oh oprobio!.... ¡Oh envilecimiento de los pecadores! Así es como se cumplirá el divino oráculo: «El que se humilla será enaltecido, el que se enaltece será humillado» (2).

¿Cuál será en ese dia la condicion de cada uno de nosotros? ¿Seremos triunfantes entre los santos, ó humillados entre los soberbios? Nuestra vida en lo presente decidirá de nuestra suerte en el porvenir, y tal vez la resolucion que tomemos hoy, ó de resucitar á la gracia, ó de continuar viviendo en el pecado, decidirá de nuestra suerte por toda la eternidad. Comencemos á reflexionar desde ahora, como querrémos haber reflexionado entónces; adoptemos nuestra resolucion desde ahora, como querrémos entónces haberla adoptado; determinémosnos á vivir desde hoy, como querrémos haber vivido siempre. Podemos estar seguros que imitando la vida disipada, corrompida, soberbia y ambiciosa de los pecadores, participarémos de su humillacion y de sus oprobios; y que, por el contrario, compartiremos la gloria, la exaltacion, la bienaventuranza de los santos, si sabemos habituarnos á su vida de oracion y de penitencia. El que se eleva será abatido, el que se abate será elevado. Así sea (3).

(1) Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est. (*Sap.*, v.)

(2) Omnis qui se humiliat exaltabitur, et qui se exaltat humiliabitur. (*Luc.*, xiv.)

(3) Como simple traductor, hemos creído que debiamos conservar á este segundo punto el lugar que ocupa en la edicion italiana. Sin embargo, dudamos mucho que el predicador haya jamas colocado en un mismo título, y pronunciado en el mismo discurso este segundo punto y los fragmentos que le preceden. (*Nota del traductor.*)